



# Los caminos del agua. Historia de una escuela en un pequeño valle

The Water Roads. History of a school in a small valley

Maneiras De Água. História de uma escola em um pequeno vale

María Acosta

María Acosta<sup>1</sup>

1. Magíster en Desarrollo Educativo y Social, CINDE-UPN; Consultora independiente. Correo electrónico: maria.acosta.g@gmail.com

Fecha de recepción: 6 de abril de 2015 / Fecha de aprobación: 30 de octubre de 2015

### Resumen

El artículo de investigación expone muestra el desarrollo de un proyecto de Colciencias sobre cambio climático, sociedad y territorio, en un pequeño poblado en la selva del Chocó, al norte del Litoral Pacífico colombiano, se descubrió que uno de los mayores impactos sobre la vida de las personas fue causado en los años 50 por la llegada de la escuela. Como símbolo de civilización, implantada en ese lugar remoto, durante lo más intenso de la época de la violencia en Colombia, ella implicó un cambio profundo en la estructura social, el desplazamiento de decenas de familias y una intervención física irreversible en el territorio que hasta entonces habían habitado.

**Palabras clave:** *Escuela, territorio, comunidad, Costa Pacífica, Colombia.*

### Summary

During the development of a project sponsored by Colciencias on climate change, society and territory in a small village in the jungles of Chocó, north of the Colombian Pacific coast, it was discovered that one of the strongest impacts on the lives of people was caused by the arrival of school in the 50s. As a symbol of civilization implanted in this remote place during the most intense period of violence in Colombia, the school introduced dramatic changes in the social structure, lead to the displacement of tens of families and to irreversible physical intervention in the territory hitherto they had lived.

**Key words:** *School, territory, community, Pacific Coast, Colombia.*

### Resumo

Durante o desenvolvimento de um projeto de "Colciencias" sobre a mudança climática, sociedade e território, num pequeno povo na floresta do "Chocó" ao norte do litoral Pacífico Colombiano, descobriu-se que um dos maiores impactos sobre a vida das pessoas foi causado pela chegada da escola, nos anos 50. Como símbolo de civilização, implantada nesse lugar remoto, durante o mais intenso da época da violência na Colômbia, a escola implicou uma mudança profunda na estrutura social, o deslocamento de dezenas de famílias e uma intervenção física irreversível no território que até então tinham habitado.

**Palavras chave:** *Escola, território, comunidade, Costa do Pacífico, Colômbia.*

Entre mayo de 2013 y julio de 2014 la Fundación Natura Colombia, asociada con el Consejo Comunitario El Cedro y el grupo de investigación Tiempo, Clima y Sociedad de la Universidad Nacional, lideró y desarrolló el proyecto “Apropiación social de conocimientos sobre el clima y sus cambios, por parte de comunidades afrocolombianas en la Costa Pacífica, sector de Bahía Solano y Juradó”; el cual, presentado por la Fundación Natura y la Universidad Nacional, ganó la convocatoria sobre Apropiación social del conocimiento, lanzada por Colciencias en 2013, con financiación del Banco Mundial.

El objetivo principal era construir herramientas pedagógicas y metodológicas con la comunidad, que le permitieran tomar decisiones sobre el manejo de su territorio, en torno al cambio climático. Las fuentes de la investigación fueron, por un lado, la información sobre cambio climático producida por las instituciones científicas y la academia y, por otro, los conocimientos locales de la comunidad, sobre su historia y su vida en el territorio.

Respecto de las primeras fuentes se hizo un barrido de la información disponible en el IDEAM, la Universidad Nacional, el IGAC, los proyectos desarrollados por el Consejo El Cedro en relación al territorio, y entidades como Parques Nacionales Naturales y la Universidad de Antioquia, que se sumaron a algunos proyectos de tesis universitarias llevados a cabo en la zona. En cuanto a los conocimientos locales, se hizo con la comunidad un proceso de investigación y sistematización de los saberes de los mayores, las organizaciones de base, los jóvenes y los niños, que fue concertado desde el inicio y que orientó con claridad el camino que recorrimos a lo largo del proyecto.

Los resultados fueron recogidos en 3 publicaciones elaboradas con la comunidad: un almanaque ecológico para el año siguiente a la investigación (julio de 2014 a junio de 2015); una cartilla que recoge las actividades y las principales conclusiones y un video que, además de llevar el registro audiovisual del proyecto, se convirtió en una herramienta pedagógica fundamental durante todo el proceso. Los tres productos fueron publicados en julio de 2014 y compartidos y divulgados con la comunidad, la Universidad Nacional y Colciencias. Además, la Universidad Nacional hizo el diseño de los escenarios de cambio climático para la zona y produjo dos artículos sobre clima y sociedad.

Aparte de los resultados sobre territorio y cambio climático, ya explicados anteriormente, el descubrimiento más importante de la investigación fue la manera en que la aparición de la escuela, allá por los años 50, impactó profundamente la vida de

esas familias y el territorio que hasta entonces habían habitado. Ese hallazgo, de alguna manera tangencial a los objetivos del proyecto, es el tema central de este artículo, que partirá con una breve descripción del contexto geográfico y social, hará un esbozo sobre el desarrollo del proyecto, y pretende, sobre todo, dar cuenta de cómo, poco a poco y de manera espontánea, se han ido entretejiendo compleja estrechamente las historias del río, la comunidad y la escuela, en ese lugar remoto al norte del litoral Pacífico en Colombia.

Imagen 1. Pacífico colombiano



**Nota. Tomada por Lucas Maldonado**

El Consejo Comunitario El Cedro está ubicado en el corregimiento El Valle, Municipio de Bahía Solano, Chocó. Las 28.000 hectáreas se extienden a ambos lados del Río Valle, al norte del Parque de Nacional Utría y del Resguardo indígena Ríos-Valle y Boboro-Pozomanza, en el piedemonte de la Serranía del Baudó, y están cubiertas por un tupido manto de selva húmeda tropical que llega hasta la orilla del Pacífico. Los habitantes del Valle tienen sus parcelas de cultivo mayormente en las riberas del río y en los terrenos llanos que dan sobre la playa La Cuevita, nueve kilómetros de arena blanca que se extienden hacia el sur de la desembocadura del río.

Viven de lo que siembran allí, arroz, coco, limones, papa china, cacao, plátano, casi todos, cultivos de pan coger; además de la pesca de mar y de río y la caza, aunque cada vez se caza menos porque los planes de manejo territorial construidos por el Consejo comunitario, disponen ahora de amplios cotos de veda para proteger las especies en peligro. El pueblo El Valle, con unos cuatro mil habitantes, se asienta hoy día en las faldas de la serranía, entre la desembocadura del río y a la orilla del mar. Un lugar en riesgo inminente de quedar hundido entre el mar de leva, las crecientes del río, cada vez más imprevisibles y desbordadas, y los derrumbes que desgarran la loma en invierno.

Pero hace algunas décadas los habitantes del Valle no vivían abajo en el pueblo, son gentes de río más que de mar, los primeros vinieron de Lloró y del Andágueda, en lo profundo de la selva al interior del Departamento, atraídos por la fiebre del caucho y el auge de la tagua; se instalaron en ambas márgenes del Valle y de algunos de sus afluentes, el Miniquiá, el Boroboro, que es el más caudaloso, la quebrada Caimanera, el Angiá y el Tundó, que en sus orillas conserva el último manglar vivo de esa zona, desemboca en el Valle muy cerca del mar y marca uno de los límites del pueblo. Hoy, sin embargo, a la orilla de los ríos solo quedan las parcelas donde los hombres suben en sus chingos (canoas) cada día a sembrar, a cuidar los cultivos y a cosechar.

Una vez que se concertó la realización del proyecto con los habitantes del Valle, teníamos el propósito de verificar los efectos de los cambios del clima en el territorio. En las primeras reuniones hicimos, con ayuda de los mayores, el ejercicio de comparar cómo es ahora, en la segunda década del siglo XXI, y cómo era este mismo lugar antes, cuando ellos, los viejos de hoy, eran niños.

Doña Modesta Sanclemente quizás esté por los 80 años, es una de las personas mayores y más respetadas de la comunidad, sus ojos destellan inteligencia y entusiasmo y es un placer oírla. Había un aserrío grande, al borde del río, cuenta, se sacaba la madera río arriba y se cortaban las tecas con hacha, y todo se agrupaba y se sacaba con winche (poleas). El mero y el guatapá (pez espada) se pescaban en la bocana (desembocadura), ya no hay. Ahora tengo una finca en esta isla del río, cultivo el borojó, el popocho, la yuca, la caña y plantas medicinales. Este es un manglar, sembrado al borde del río en la finca de mi hijo Florentino, y este un choibá (almendro) que le estoy cuidando, cuenta Modesta mientras indica todo lo que va nombrando en el dibujo que ha hecho con su grupo de trabajo.

Cuando yo era joven, continúa, la bocana del río era muy profunda y se pescaba mero, hoy usted se mete y el agua le da por aquí, dice señalando su pantorrilla, ya no hay árboles al borde del río que le den profundidad. El último guatapá que vivía en el río lo mataron con machete, hoy ya no queda nada, se pesca con torpedo, que destruye todos los peces. Aquí en El Valle ya no hay pescado, ni pequeño ni grande. Cuando yo en mi juventud me embarcaba con mi papá, pescábamos hasta 60 sábalos, viuda, lisa, ya nada de eso tiene dónde crecer. Antes la bocana era tan profunda que los barcos de la Flota Mercante que traían la alimentación atracaban aquí, el mercado era mucho más barato porque lo desembarcaban aquí mismo o en el Tundó.

Otros, que también se animan a hablar, van contando cómo poco a poco las personas de la comunidad fueron cambiando el curso del río, y un trayecto que antes tomaba seis horas, hoy se hace en una y media; se acabaron los meandros que hacían largo el recorrido, pero el precio fue muy alto, porque no creció más vegetación en las orillas, disminuyó la profundidad y todos los peces de aguas profundas se fueron. Las voces se van sumando y, a medida que avanza la tarde, entre todos los vamos decidiendo que debe hacerse una investigación sobre la historia del río, porque, según dicen los mayores, es la misma historia de la comunidad. Así que al final nos ponemos de acuerdo y programamos, para

el próximo encuentro, al cabo de un mes, un recorrido aguas arriba por el río Valle para seguir las huellas del antiguo curso y verificar por dónde corre ahora.

Luego de un mes estamos de vuelta en El Valle. El día anterior al embarque, en la reunión de preparación, la comunidad propone que esa misma tarde hagamos un recorrido por el pueblo para entender cómo está dispuesto, a lado y lado del río y sobre la orilla del mar. Salimos de la sede del Consejo, donde hacemos las reuniones, en compañía de unas 30 personas que nos guían. El pueblo se organiza a partir del cruce de dos calles, la principal, paralela al río, es la continuación de la carretera que viene de Bahía Solano y la única vía de acceso por tierra, y la calle del Consejo, paralela al mar, que termina en el puente sobre la boca del río. Casi todo el pueblo está dispuesto a este lado, en la margen derecha, sobre una ladera.

Imagen 2. El Valle



**Nota. Tomada por Lucas Maldonado**

Viniendo de Bahía Solano, calle abajo hacia la playa, a mano derecha está la iglesia, con su parque al frente y un poco más allá, hacia el norte, la cancha de fútbol, justo a la salida de la Escuela Normal Superior Santa Teresita. Por la misma calle, a mano izquierda, se toma la vía que acaba en el puente, sobre la boca del río. Anteriormente la gente no vivía en la boca del río, cuenta Froilán Flórez, vocal del Consejo Comunitario, sino arriba, en las orillas, en caseríos grandes de hasta 15 casas, toda la ribera del río estaba poblada, y cuando la gente iba río abajo no decía vamos al pueblo, como ahora, sino vamos a la boca, porque el pueblo no existía.

Unos metros abajo hay una explanada grande y una playa que se ensancha o se angosta según la marea; a este sitio le llaman “La última lágrima”, porque aquí embarcan a los

muertos en su último viaje, al cementerio, que está al otro lado del río. El puente tiene unos trescientos metros de largo, a lado y lado dos grandes estructuras de acero soportan el complejo entramado de tensores y cuerdas sobre los que se apoyan los durmientes de madera, que se zarandean a cada paso. Los jóvenes recuerdan que cuando eran niños no había paso, para ir a estudiar, tenían que pasar a pie por entre el agua cuando bajaba la marea, llevando los libros alzados, brazos arriba para no mojarlos. Al otro lado del río, además del cementerio, se asienta el Instituto Técnico Agrícola. Los terrenos de ese lado son más llanos y no hay peligro de derrumbes, por eso también hay un barrio que se ha ido asentando allí y es cada vez más grande.

Imagen 3. El Valle



**Nota. Tomada por Lucas Maldonado**

Froilán cuenta que el Instituto Agrícola fue una de las primeras construcciones de concreto y que estuvo a punto de ser arrastrada en la primera creciente, ya cuando le habían cortado algunas curvas al río. El alcalde de entonces consiguió los recursos para poner gaviones y evitar que se desboronaran orillas,

así salvaron el Instituto. Es llamativa la presencia de hierro y concreto en este lugar donde casi todas las casas son de madera, armadas sobre palafitos que quedan sumergidos en el agua cuando sube la marea o vienen, río abajo, las crecientes.

Dice Juan Pinilla, el coordinador local del proyecto, que una casa de madera es fácil de mover cuando las aguas anegan la tierra; cinco o seis veces se construye una casa en distintos lugares con la misma madera, en lo que dura una vida. Uno se pregunta entonces, por qué si el territorio cambia todo el tiempo y la desembocadura del río se mueve según las mareas y las corrientes, hay quienes prefieren las construcciones de concreto.

Empezaron con el Instituto, dice Juan, el gobierno de Bogotá mandó los materiales para hacer una edificación sólida, imponente, era la llegada de la civilización. Después, para la gente, vivir en casas de material era sinónimo de opulencia, daba un estatus más alto. Los maestros, cuenta Juan, fueron los que empezaron; eran los únicos que tenían la plata, porque eran empleados y recibían sueldo mes a mes, y fueron construyendo sus casas en concreto, que eran mucho más costosas que las de madera. Hoy en día la diferencia en costos ya no es tan grande, porque se han talado los bosques y para conseguir madera hay que ir muy lejos a buscarla. Río abajo, desde esta orilla, en la playa de enfrente se ven todavía amasijos de hierro y cemento, pedazos de baldosas y tubos oxidados, ruinas de casas de concreto que fueron arrasadas por la corriente del río y corroídas por la sal.

Al día siguiente embarcamos temprano en la mañana con 20 de las personas que participaron del encuentro anterior. Iniciamos el recorrido cogiendo el primer atajo que le hicieron a la última curva del río antes de llegar al mar, muy cerca del pueblo, le llaman la curva de Tintín. Dando toda la vuelta, un chingo con palanca (vara que se usa para impulsar la canoa) se demoraba más o menos una hora, hoy, de un extremo al otro del atajo se pasa en cinco minutos.

Hacemos la primera parada en la boca del Tundó, doña Elena Díaz, una de las mujeres mayores de la comunidad, cuenta cómo fue la primera creciente después de que cambiaron el curso del río y la fuerza del agua se les salió a todos de las manos un 15 de julio, día de la Virgen del Carmen en 1969, recuerda Elena. Ella iba en la balsa sosteniendo las velas que alumbraban a la virgen en la procesión por el río, que para esa época estaba bien grande, cuando vino de pronto la creciente, como ya no había curva el agua bajó derecho con toda la fuerza y volteó la embarcación. Ella dice que lo único

que atinó a hacer fue abrazar a la virgen para que no se hundiera y nadar con ella hasta la orilla.

Embarcamos de nuevo hasta la playa de Tintín. Pedro Saturio, o Chilo, como lo llama todo el mundo, nos señala lo cerca que está el pueblo desde ahí, a través del atajo, cuando antes era un recorrido larguísimo. Nos va indicando dónde eran las casas de las familias que vivían aquí, cómo era el comercio del arroz en los buenos tiempos, cuando los comerciantes iban por él a los caseríos y lo compraban en pergamino, casi escurriendo agua, dice Chilo, y a muy buen precio. Compraban también marranos, popocho, limón. Dice que cuando él era niño su abuelo siempre decía que el río un día se cobra lo que le han quitado, que el río da y también quita, y que un día va a recobrar el curso y a llevarse el pueblo para pasar por donde corría antes.

La siguiente parada es la desembocadura de la quebrada Caimanera en el río Valle. Juan Pinilla relata la historia de cuando él era niño y su familia vivía aquí en Boca Caimanera. Hoy solo quedan los restos de una construcción de madera, casi oculta entre la maleza, pero Juan cuenta que en este lugar había un caserío grande con calles empedradas, piedras más gruesas a los costados de las calles y más finas al centro, era el peso que traían los barcos como balastro para evitar el bamboleo por el vaivén de las olas. Aquí vivían de los cultivos de pan coger y, cuando venían los barcos de Panamá, compraban de todo lo que había y dejaban telas para las mujeres, aceite, sal.

Navegando otra vez río arriba llegamos a la boca del Angiá. Chilo cuenta que ese era el sitio de trabajo de su familia; su papá era muy cosechero y cultivaban desde aquí, en la boca, hasta la cabecera del Angiá, el arroz y la caña para hacer el viche (aguardiente artesanal), y los comerciantes que venían por el arroz traían panela y sal. Chilo todavía trabaja a orillas del Angiá, va y viene cada día, pero ahora vive en el Valle, porque cuando los hijos comenzaron a estudiar en la escuela, abajo en la bocana, hubo que mandar la esposa a cuidarlos, hacerles la casa, y ya él solo no se queda por aquí, entonces también se fue. Los primeros que llegaron venían del Atrato y del Baudó, mi abuelo era de Cartagena, dice Chilo; había trabajo, la vida estaba buena y eso los trajo. Aquí llegaron muchas familias y se amañaron.

Embarcamos otra vez, hasta el último puerto de nuestro recorrido en Boca Boroboro, la otra lancha se ha adelantado con el almuerzo, cuando llegamos arde la hoguera y el sancocho está casi a punto. Mientras esperamos el último hervor, Juan Pinilla y Chilo van contando que frente a la playa donde estamos era el caserío de Boroboro, el más grande de todos, cruce de caminos

entre los que venían bajando de la cabecera del Boroboro y los que transitaban Valle arriba y Valle abajo. Aquí construyeron un bailadero al que llamaban la Colmena, donde vendían aguardiente, ron y víveres, ahí se reunía mucha gente, todos tenían algo que vender o qué comprar en la Colmena, y se quedaban a tomar aguardiente y a conversar con los amigos.

Cuando había tanta gente poblando las riberas, la vida en el río era muy alegre, antes del amanecer comenzaba la jornada y, cuando lo veían a uno pasar, los amigos desde las casas saludaban, o al terminar el trabajo le gritaban desde lejos: ¡Ooooye, no te provoca una cerveza o un aguardienteeee! Cuando uno quería enamorar a una muchacha pasaba en el chingo echándole piropos o cantándole canciones. Las fiestas eran con música, pero que hacíamos nosotros, los mayores, principalmente, luego se unían los jóvenes, con tambora y con cantos, lo más bonito era la fiesta de la Virgen del Carmen, que salía río abajo de la boca Miniquiá, van contando las voces entrelazadas de Chilo y de Juan.

Después del almuerzo, proponen que visitemos a Don Marceliano Pinilla, el único que sigue viviendo aquí, su casa está unos metros arriba, sobre el Valle. Nos cuenta que ha vivido toda su vida en varios puntos del río y que fue el único que no se fue a vivir al pueblo cuando fundaron la escuela en la boca; entonces los niños tuvieron que irse a estudiar y detrás de ellos se fueron las mamás a cuidarlos, y luego, detrás de las mujeres se fueron sus maridos a cuidarlas a ellas, y las orillas del río quedaron desiertas. Yo soy el único que paro aquí solo, cuenta. Ya sus hijos crecieron hace mucho tiempo, y su mujer hace más de cuatro años se fue al otro lado y no quiere volver, dice Marceliano con los ojos encharcados.

El río de antes era más estrecho, hacía vueltas por todas partes, crecía y paraba 3 días con la anegación, hoy en día no, hoy en día crece hoy y mañana amanece seco, porque no hay vueltas, se seca en estico. Este río todo era de pueblos, continúa, donde usted llegaba había casas, hoy en día apenas aquí. Le pregunto si a él, que lleva tanto tiempo en el río, le parece que el clima ha cambiado. Se queda pensando, con la mirada fija en un punto del aire, y al cabo de un rato responde: Por lo regular, el clima ha cambiado mucho, porque hoy en día los padres que tienen sus hijos en la escuela tienen mucha ayuda, y cuando yo tuve los hijos ningún gobierno me dio 5 centavos para yo comprarles una muda de ropa, yo tuve 15 hijos, los que tuve con la esposa, y dos de por fuera y el gobierno no me dio 5 centavos para que les diera comer.

Imagen 4. Don Marceliano



**Nota. Tomada por Lucas Maldonado**

Cuando todos vivían con sus mujeres y sus hijos en las márgenes del río no importaba lo mucho que tardaran en llegar a la boca porque iban poco, todos vivían y trabajaban en los caseríos donde tenían sus parcelas, y los comerciantes subían río arriba; era tan profundo que permitía la entrada de grandes embarcaciones que venían de Buenaventura y de Panamá. Pero cuando hubo que recorrer 4 o 5 horas de ida para ir al trabajo, y otro tanto de vuelta después de la jornada diaria para volver a la casa en el pueblo, el camino se hizo demasiado largo. Y de la misma manera que se construyen autopistas para acortar las distancias en tierra firme, construyeron tramos rectos del río donde antes había curvas, para poder ir al trabajo y regresar el mismo día.

A partir de este punto el proyecto siguió su curso por el camino de los efectos del clima en el territorio, pero tirando del hilo de la escuela, un día Juan Pinilla nos sorprendió con una invitada especial, su tía Nilda Elvira Pinilla, quien accedió a contarnos su historia, que resultó ser a la vez la historia de la formalización de la escuela en el Valle. El relato que sigue lo contaron una tarde, entre los dos.

Nilda: Yo nací en el Valle arriba en 1945. Nosotros vivíamos en

Caimanera, en una casa grande donde se reunía toda la familia. Cuando ya empecé a andar y a tener uso de razón conocí dos escuelas, una de mujeres y una de varones. La de varones servía de centro de salud y la de mujeres a veces servía de hospedaje cuando venía mucha gente o cuando hacían las recogidas en la época de la guerrilla, o de la chusma, porque en ese tiempo no se hablaba de guerrilla, sino de chusma. Se unían los hombres a cuidar a las mujeres y los niños, eso fue como desde el 49 que empezó la violencia, hasta por allá el 55. A veces uno se iba para el río y al poquito: que todo el mundo debe bajarse y refugiarse. Y formábamos la fiesta, ahí era la felicidad de uno, brincar y correr y estar reunido con todo el mundo.

Hasta el 55, me parece que en esa época empecé yo a estudiar, porque en ese tiempo los niños no podían ir a la escuela sino hasta los 10 años. A los 9 me mandaban a la escuela así, decían que por fuera. Uno iba a mirar, pero no le paraban bolas porque todavía no tenía uso de razón; en ese tiempo el uso de razón era a los 12 años. Yo me bajé del río a estudiar a la escuela, mi hermano mayor ya estaba abajo y nos dejaban donde alguna tía o algún familiar, y así hacían con todas las que querían estudiar; en esa época las mujeres no tenían derecho a estudiar, estudiaba la que quería, porque los papás decían: para qué vas a estudiar, para después tener que lidiar a tu marido, yo no voy a gastar mi fuerza “estudiando mujeres”.

Ya en el 56 empecé a estudiar en forma y en el 57 llegó un sacerdote, porque antes tampoco había. En esa época, como se trabajaba en minga para todo, para hacer la escuela pusieron a los hombres a trabajar en ese sitio donde hoy día es la cancha de fútbol, los jóvenes rosaron todo eso y a nosotros los estudiantes nos tocó arriar con todo ese palo, arrasar con ese monte, cargar con esas raíces y hacer una quema grande por allá. Y a mitad del 57 el sacerdote que vino cogió a 3 muchachas del pueblo, porque no había profesores para ese año, Luisa Rivas, la hija de los de allá de punta de roca, a otra muchacha, Mercedes, que vive en Quibdó, y a Fanny, y las puso ahí que dieran clase a los muchachos, y ahí estuvieron hasta julio que llegaron las hermanas Teresitas y ya se formalizó la educación, empezaron a separar por grupos, a seleccionar la gente que estudiaba.

La escuela Miguel Ángel Argos la fundaron el 1958, después que llegaron las hermanas, entonces abandonaron el ranchito de palma con paredes de bareque, dejaron eso para la inspección y pasaron la escuela allá, al otro lado (del río). En ese tiempo a mediados del 59 llegó lo de la Vocacional y allá empezó a funcionar.

Después que me vine para el pueblo mi mamá se enfermó y

tuvo que viajar, en esa época me tocó encargarme de mis hermanos pequeños, entonces yo venía a estudiar y ahí me iba para el río a ayudar a mi papá en los trabajos, a cocinarle y todo eso, porque así nos tocaba a todas las mujeres, ayudar a la familia, atender a los hermanos pequeños, peinar a las hermanitas, ayudarles a hacer las tareas. Cuando ya se iba a terminar el año en noviembre hacían las pruebas para uno pasar de un grado a otro, después que uno pasaba todas sus clases, así fuera desde primerito, reunían a unas personas del pueblo, incluyendo los papás de uno, y se paraba uno allá la frente y empezaban a hacerle las preguntas, o sí tocaba ir al tablero, con toda la gente ahí mirando y uno temblando. Pero me parece bueno porque la gente veía cómo estaba cada persona, aunque uno se moría del susto.

Yo estudié formalmente hasta 5° de primaria. Ahí se empezaron a organizar las cosas, separando los cursos, ya fueron nombrando profesoras entre las religiosas, que fue muy importante y muy bonito porque entonces ya iba la educación con todas las de las de la ley. Antes el que más estudiaba, llegaba hasta 3°, pero cuando llegaron las monjas ya organizaron 4° y 5°, y luego dijeron: bueno qué hacemos con la gente que llega a 5°, hay que seguir adelante.

Y empezaron a organizar por cursos, y así empezó un colegio, informal, porque no había aprobación de nada, pero la gente quería seguir adelante y el padre y las hermanas querían que hubiera superación para todo el mundo. Después me fui un tiempo para Medellín y cuando volví ya había un grupo organizado que estaba estudiando, lo llamaban la Facultad, les daba clases el sacerdote, pero ahí ya venía la idea de la Normal.

Imagen 5. La Normal



**Nota. Tomada por Lucas Maldonado**

Juan: En ese momento la unión que había entre el gobierno y la iglesia, el famoso Concordato, permitía que los curas y las monjas abrieran escuelas, aún sin presupuesto, pero que después el gobierno tenía la responsabilidad de asumir todos esos gastos y validar el nivel de formación. La Escuela Vocacional Agrícola nace de una política agropecuaria a nivel nacional.

Nilda: Ese momento que me pareció tan bonito, donde había tanta unión. De la Vocacional había profesores que trabajaban con los agricultores, empezamos a conocer lo de las cooperativas, yo era adolescente ya en esa época. Había un profesor, Guillermo Useche, se reunía con la gente y les hablaba de cooperativas y de cómo manejar los recursos, y ayudaba a quienes querían organizarse; también había los famosos cursos campesinos. Y los trabajos del pueblo se hacían en minga, los hombres, y los niños, porque algunos decían “muchacho no cansa”; como el trabajo de la iglesia, que los hicimos todos.

Juan: Las hermanas Teresitas con su escuela de mujeres y la Facultad, que más tarde creó monseñor y que estaba a la cabeza del cura Parra; hasta montaron una emisora en la iglesia, y su misión principal era formar misioneras, maestras evangelizadoras, mientras que la educación en la Vocacional Agrícola era fortalecer el trabajo del agricultor, el trabajo del campo, para que la gente permaneciera en el campo, y se hacían las visitas a las parcelas de las familias, era como un atractivo para que cuando fueran los estudiantes con sus profesores, los papás estuvieran allá trabajando en la parcela, río arriba. Cuando eso se acaba, también como que se facilita poco que los papás no tuvieran ese incentivo y se vinieran para acá (al pueblo) con sus hijos y con su mujer.

Nilda: Y cuando la gente empezó a ver que las señoritas salían bien vestidas y uniformadas, a todo el mundo le fue llamando la atención, sobre todo cuando hubo la primera promoción, aunque todavía no estaba aprobada.

Juan: Maestras de Cuarta P.

Nilda: Eso, cuando salió el primer grupo de maestras de Cuarta, la gente se motivó porque, de todos modos, aunque no estaba aprobado por el gobierno, el vicariato tenía esa responsabilidad y mandaba a las muchachas a trabajar por las veredas, y eso fue una motivación.

Juan: Primero fueron los maestros de Cuarta P, y ahí aprueban el bachillerato hasta 6°, en 1977, ya aprobado por el Ministerio de Educación en el marco del Concordato, en la primera promoción se graduaron 31 estudiantes, y ya ahí permitieron que ingresaran hombres como profesores.

Las historias de Juan y de Nilda, y las de muchos otros que encontramos en este camino, dan cuenta de cómo poco a poco la escuela fue ejerciendo una atracción irresistible sobre las familias que vivían en el río. Separándolas, primero, porque al principio bajaron solo los niños, que quedaban al cuidado de algún familiar que viviera en la boca, pero cuando llegaban a la adolescencia demandaban mucha atención y vigilancia de las mamás, que también fueron bajando y, por último, llegaron los hombres, cansados de estar solos aguas arriba.

Entonces la boca, que era un caserío más, se convirtió en el único centro poblado en muchos kilómetros a la redonda; con una Escuela Normal Superior para las mujeres y un Instituto Técnico Agrícola para los hombres. El curso del río se cortó, el caudal se hizo más ancho y más fuerte; al acabarse los meandros se acabaron también las palizadas, arrumes de palos que iban cayendo al río y quedaban atorados en las curvas o en los pozos profundos, criaderos de nutrias y de muchas especies de peces que, según cuentan, había tantos que se pescaban con la mano.

Imagen 6. El Pacífico



**Nota.** Tomada por Lucas Maldonado

Nadie sabe ahora cuál es el futuro del Valle, se habla de una posible reubicación del pueblo ante los riesgos de incremento del nivel del mar por el deshielo de los glaciares, de acometida de los tsunamis del Pacífico, de crecientes del río o de derrumbes de la montaña sobre el asentamiento; lo cierto es que a la gente le costaría un esfuerzo sobrehumano dejar su pueblo y sus casas, en uno de los lugares más hermosos del planeta.

Sobre su relación con el territorio, la comunidad sabe hoy que no se puede habitar un territorio sin intervenirlo y que volver

atrás es imposible. También sabe que se pueden medir, hasta cierto punto, las consecuencias de esas intervenciones y que se pueden tomar decisiones a largo plazo antes de ir haciendo, sin más. En cuanto a la escuela, como dice Emilia Ferreiro, siempre ha sido muy resistente a las novedades que no fueron generadas por ella. Cabe ahora preguntarle si es igualmente reacia a prever los impactos que su presencia puede ocasionar en una comunidad y en un territorio, más allá de su misión evangelizadora y civilizadora.

